

LOS ATAJOS DE DONALDO

Por ANA CALDWELL

--DONALDO, ¿por qué no hiciste tu cama esta mañana? -le preguntó la madre saliéndole al encuentro al vestíbulo, cuando Donaldo volvió de la escuela-. Hace tres días que no la arreglas.

-Oh, mamá, ¿por qué tengo que hacerla? -preguntó Donaldo-. De todas maneras esta noche la voy a desarreglar. No veo por qué hay que hacer cosas que pueden dejarse sin hacer y así ahorrar trabajo -añadió haciéndose el gracioso.

En ese momento la mamá no dijo nada. Nunca antes había oído a Donaldo hablar de esa manera.

A la mañana siguiente notó que Donaldo terminó de lavarse la cara y las manos más rápido que de costumbre.

-¿No te lavas esta mañana? -le preguntó -

¡Oh, me lavé anoche! -replicó Donaldo-. De mañana apenas me mojo un poquitito la cara. Así ahorro trabajo.

Donaldo salió para la escuela y la mamá se quedó pensando. Últimamente Donaldo había estado empleando varios atajos para realizar sus tareas de la casa. Solía cortar el césped una vez por semana, pero ahora lo

hacía una vez por mes porque decía que de todos modos volvía a crecer. Casi había dejado de tender la cama o limpiar el cuarto excepto el viernes, porque no le gustaba hacerlo todos los días. La mamá estaba convencida de que esos atajos de Donaldo no era otra cosa que pereza.

Esa tarde, cuando Donaldo volvió de la escuela, tenía hambre; pero para sorpresa suya, de la cocina no provenía ningún aroma agradable.

-¡Mamá! -le dijo cuando la encontró leyendo en el dormitorio-, ¿no vas a preparar nada para comer? ¡Me estoy muriendo de hambre!

La mamá pareció sorprenderse.

-¿Después de todo lo que comiste para el desayuno esta mañana? ¿Por qué habría de darte de comer esta noche? Mañana de mañana volverás a tener hambre.

----No puedo esperar tanto tiempo, mamá -rogó Donaldo.

-Bueno, si tienes que comer, en la nevera hay algo. Sírvete -le dijo la madre volviendo a su lectura.

Donaldo calentó un poco de sopa, comió pan con mantequilla, y una zanahoria. Eso le ayudó a saciar su hambre, pero no a entender por qué la mamá actuaba así. Metió los platos en la piletta y se fue a su cuarto para estudiar. Empezó a tener sueño. Se quedó dormido y comenzó a soñar.

Soñó que estaba en la cocina donde había dejado los platos en la piletta. Había platos apilados casi hasta el techo. Oía su propia voz que decía:

¿Por qué tengo que hacerlo ahora? Se van a ensuciar otra vez. Voy a lavarlos todos juntos y ahorrar tiempo".

Donaldo no quería lavar todos esos platos de modo que salió corriendo para ir al patio, pero cuando llegó a la puerta del porche no pudo salir porque el césped había crecido tan alto que tapaba los escalones, y de nuevo oyó la voz que decía: "Voy a cortar el pasto el mes que viene. Si lo corto ahora, crecerá de nuevo y tendré que volver a cortarlo".

Como no podía salir de la casa a menos que se metiera entre el pastizal, Donaldo soñó que volvía a su cuarto. Tenía el propósito de hacer la cama y sacar el polvo, pero apenas podía ver. Una enorme nube de polvo llenaba el cuarto como una neblina. Recordó que no le gustaba sacar el polvo, y ahora se había juntado tanto que casi le impedía ver. Le parecía que el polvo lo estaba ahogando. Su propia tos lo despertó.

Donaldo se restregó los ojos y miró a su alrededor. Sí, la cama estaba aún sin hacer. Pasó el dedo por el escritorio del cual no había sacado el polvo durante toda la semana, y encontró que había tanto polvo que podía escribir en él su nombre con el dedo.



Luego se acordó de los platos que habían quedado en la cocina. De un salto bajó la escalera. En unos minutos los había lavado, secado y guardado.

Luego subió a su cuarto para tender la cama.

.-Al día siguiente de mañana, Donaldo se levantó un poquito antes, y sin alharaca tendió la cama y sacó el polvo de los muebles. Luego se lavó cuidadosamente y se presentó a desayunar.

-Buenos días, mamá -saludó con una tímida sonrisa.

-Buenos días, Donaldo.¡ Qué cara limpia tienes! -dijo la madre mirándolo sorprendida.

-Gracias -dijo Donaldo acerando su silla a la mesa del desayuno.

Inclinando luego la cabeza, pidió la bendición y comió silenciosamente durante unos minutos. Dejando luego su cuchara miró a la madre a la cara.

-Mamá, siento haber sido tan perezoso. Esta mañana hice la cama y me lavé las manos y la cara. Creo que a veces los atajos no resultan ser los caminos más cortos. He aprendido que haciendo las cosas cuando hay que hacerlas realmente se ahorra tiempo.